

"el extraño caso del dr. Jerry y Mr. Lewis"

CON pocas semanas de intervalo se han estrenado en Madrid dos films de Jerry Lewis: el primero y el último de los por él realizados, «El botones» y «Las joyas de la familia». De uno a otro va un largo camino, camino lleno de sugerencias, y que permite situar en el momento la evolución del personaje-autor. En varias ocasiones se ha escrito en esta misma columna sobre Jerry Lewis, uno de los pocos realizadores cuya obra —con los inevitables saltos cronológicos en el orden de su presentación— nos va llegando completa. Sin ninguna duda se trata del único cineasta cómico en ejercicio que merezca el nombre de tal. Desde sus comienzos como elemento de un tándem de estilo tradicional, trabajando a las órdenes de cualquier director —en su mayoría mediocres—, hasta su sucesiva depuración, que comienza a raíz de sus primeras películas con Tashlin, todavía formando pareja con Dean Martin, y su conversión en autor completo, Jerry Lewis ha realizado un número increíble de películas.

Sus dotes de actor, excepcionales desde sus comienzos, han ido decantándose, sin que esto pueda ni deba interpretarse como un saludo a su mediocre aparición en «Boeing-Boeing», un film donde no tenía nada que hacer. Al mismo tiempo, y como final de un proceso evolutivo que se ha producido en todos los grandes cómicos, los pasos que le encaminaban hacia la realización de sus propias obras eran cada vez mayores. «El botones» fue la primera experiencia en este sentido. Se trataba de hacer un cine puro y exclusivamente de gag, un cine liberado de las exigencias del soporte argumental y que dejaba estallar de modo casi ininterrumpido la carcajada. Partiendo de una situación única —las desventuras de un botones del gran Palace americano—, Lewis daba rienda suelta a su imaginación y lograba todo un arsenal de momentos cómicos, la mayoría de ellos irresistibles. «Las joyas de la familia», última obra de Lewis hasta ahora estrenada, es mucho más complicada, más pretenciosa también. El gran peligro de Lewis ha estado, desde que puede empezar a considerarse responsable en grado parcial o total de los films en que interviene, en una enorme predisposición al sentimentalismo. Esto se observa ya en su personaje y, en mayor medida, en algunos de sus primeros films como productor, dirigidos por Tashlin. En ocasiones, la oposición de ambos era más que evidente. «Tú, Kimi y yo», por ejemplo, estaba plagado de contradicciones en este sentido. Si la característica principal de Jerry-personaje y de Tashlin-director es el espíritu de destrucción, la de Jerry-productor, en aquella ocasión, y la de Jerry-director —aunque en menor grado— es una exagerada tendencia a la bonachonería. Ambas cosas se concilian mal. Y en esa contradicción parece debatirse el Lewis 1965.

En los últimos años, Jerry Lewis ha simultaneado sus películas como director con otras en las que actuaba únicamente como intérprete o como intérprete y productor. Si el personaje ha mantenido su garra y sus características en todas las películas, el contexto en que aquél se ha movido no ha sido siempre el mismo, y, sobre todo, han variado las posiciones tomadas ante él. «Lio en los grandes almacenes», «Caso clínico en la clínica», ambas dirigidas por Tashlin, eran películas totalmente destructivas. «Jerry Calamidad», «El terror de las chicas» e, incluso, la fabulosa «El profesor chiflado» tenían, siempre, el peso sentimental. «Las joyas de la familia» es como una recapitulación. Por un lado, Lewis, en un intento interesantísimo, fragmenta la acción hasta convertir al film en algo así como una antología de «cómicas en dos partes», consciente de que una de las causas principales de la desaparición del «slapstick» fue la duración impuesta por el advenimiento del cine sonoro. Por otro, no se decide a suprimir el nexo argumental, con lo que éste, precisamente en función de la fragmentación de la que se parte, se hace un tanto esquemático y, en consecuencia, deja más a la vista las fallas de su autor. Lo que no supone el que no se sitúen en la que pudiera calificarse de médula espinal del film —la relación del chófer con la niña— algunos de sus mejores momentos, que coexisten con los peores. Se ve claramente que Lewis es consciente de ello, e intenta, muchas veces, quitarse el lastre. Los besos entre Donna y Willard, seguidos de reprimendas; los continuos saltos de asiento de la niña en el coche, son muestra de ello. A su lado, escenas delirantes como la del capitán Eddie, composiciones de personajes increíbles como el del gángster, mezcla de Humphrey Bogart y el lobo bueno de Tex Avery, testimonian de la buena salud del humor de Lewis. Su gran contradicción radica, quizá, en la voluntad de explicitar una filosofía que no necesita de esta explicitación, sino que se desprende de la concatenación de efectos cómicos de sus anteriores films. En el fondo —niños aparte—, en «El botones» está ya todo lo que queda dicho en «Las joyas...». Sólo que allí está dicho únicamente a través de la peripecia cómica y descoyuntada, mientras que aquí, sin que se llegue al discurso —como ocurría en «El profesor...»— se insiste sobre ello con cierta ampulosidad. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde son una obsesión en Jerry, que ve un poco el mundo, y en concreto la sociedad americana, a través del esquema de Stevenson. «El profesor chiflado» era una paráfrasis muy personal y admirable del tema. «Las joyas...» es como su sublimación, sazonada con una serie de referencias puramente cinematográficas.

CESAR SANTOS FONTENLA

La belleza del cuello
es la base de la
elegancia y feminidad



Crème pour le cou

con extractos dermoactivos naturales

con ella...
juventud para su cuello

LANCASTER

Arrête la marche du temps